DE ZENOBIA Y JUAN RAMON, LOS ULTIMOS AÑOS: CARTAS (1951-1956)

La inquieta vida de Juan Ramón Jiménez, inquieta en términos de su psiquis, adquirió tranquilidad, seguridad y equilibrio después de su matrimonio con Zenobia Camprubí en 1916. Los mejores años de esta pareja fueron los pasados en Madrid, de 1916 a 1936, fecha del exilio. El resto de sus vidas, veinte años para Zenobia y casi veintidós para Juan Ramón, fueron años azarosos, y los últimos, trágicos. Desarraigados, iban de un lugar a otro, buscando un acomodo gustoso. A fines de agosto de 1936 llegaron a Nueva York, donde pasaron un mes; partieron de allí para Puerto Rico, donde estuvieron dos meses. En noviembre de ese mismo año llegaron a Cuba, y permanecieron en La Habana alojados en un hotel hasta enero de 1939. Se marcharon entonces a la Florida (Estados Unidos), y a fines de 1942 pasaron a Washington, estableciendo residencia en el área de esa capital, repartiendo su estancia por un tiempo entre un piso de un hotel elegante en esa ciudad y una casa en una bucólica y sencilla barriada de Riverdale, pequeño pueblo residencial del Estado de Maryland, contiguo a Washington, de donde va y viene la gente que trabaja en dicha capital. Riverdale también está al lado de la Universidad de Maryland, donde Juan Ramón y Zenobia enseñaban lengua y literatura española.

La casa de Riverdale, de madera blanca, como muchas otras de esa vecindad de clase media, era sencilla, de dos pisos, con sótano y desván y un portal al frente donde sentarse a tomar el fresco. Como Zenobia le escribiera a su buena amiga de Madrid Elisa Ramonet, marquesa de Almanzora, en carta de 27 de abril de 1950: la rodeaba una pradera verde y tranquila, con lirios del valle; al lado tenían un cerezo silvestre (*dogwood,* arbusto típico del lugar), de preciosas flores blancas, y un arbolito del amor rosado; detrás, un árbol más alto, que parecía de encaje blanco, y en el fondo, los verdes oscuros de sus abetos. «No puedes figurarte cosa más linda—decía—, y nosotros tan encantados con la naturaleza que le perdonamos los defectos a la casa» [1]. La casa estaba

[1] Agradezco a Elisa Ramonet, marquesa viuda de Almanzora, de Madrid, el permitirme el uso y las citas de esta y otras cartas que Zenobia le escribió.

en la calle Queensbury (número 4310), calle que le dio el nombre a la segunda parte del libro de Juan Ramón titulado *Una colina meridiana*[2]. Este título procede de su residencia en Washington, donde mantenían un apartamento en el hotel Dorchester House, en la entonces distinguida calle Dieciséis (número 2480), lugar de muchas de las embajadas. Al frente del Dorchester estaba el parque Meridian Hill (Colina Meridiana), donde iban Zenobia y Juan Ramón a caminar y a sentarse.

En las praderas de Riverdale crecían grandes olmos, motivos de algunos de los poemas más bellos que escribiera entonces y que aparecen en la tercera parte de *Una colina meridiana,* titulada «Los olmos de Riverdale». Cruzando la calle, al costado de la casa, se hallaba un pequeño hospital de los Adventistas del Séptimo Día, llamado Leland Memorial. La cercanía de este hospital fue el factor determinante para que la casa le gustara a Juan Ramón. Zenobia hubiera preferido comprar otra más señorial que vieron en una barriada de clase media alta, pero el poeta quería tener a los médicos cerca.

Hacia 1950 la situación económica de la pareja era desahogada. No lo había sido desde el exilio, con los gastos de viaje, de alojamiento, de mobiliario. Sus pertenencias se habían quedado en el piso que dejaron puesto en la calle Padilla, de Madrid, antes de marcharse en 1936. El 4 de julio de 1950 Zenobia sacaba cuentas y anotaba en su diario que podrían comprarse un automóvil nuevo para reemplazar el que tenían desde hacía diez años[3]. Ambos derivaban salarios de su empleo en la Universidad de Maryland, y Juan Ramón había tenido un ingreso extraordinario porque le pagaron en dólares una edición argentina. Zenobia, además de las rentas que percibía de la herencia materna y la de una tía, tenía también ingresos extraordinarios por unos cursos de español que enseñaba en el Pentágono a los oficiales de las Fuerzas Armadas, bajo el programa de extensión de la Universidad, y también daba clases, por invitación, en el Club del Congreso de Washington a las esposas y familiares de los congresistas. Por todo lo cual Zenobia se sentía satisfecha, era útil, y en su vida le importaba sobremanera ser útil a sí y a los demás. Para ella era un goce espiritual enseñar en la Universidad, porque jamás había sacado título académico; la educaron en su casa tutores particulares, desde su niñez en Barcelona, donde vivió hasta los catorce años (nació en Malgrat el 31 de agosto de 1887), y luego en el Estado de Nueva York, donde fue con su madre a vivir a los diecisiete. Allí se preparó para entrar a la Universidad, pero por ra-

[2] Este libro aparece en su totalidad en la colección póstuma *Leyenda (1896-1956),* libro que quedó inédito y ha sido preparado y prologado por Antonio Sánchez Romeralo (Madrid, Cupsa Editorial, 1978).

[3] Agradezco a Francisco Hernández Pinzón Jiménez, sobrino del poeta, la autorización para servirme de diarios de Zenobia, cuyos originales están depositados en la Sala Z. y J. R. J. de la Universidad de Puerto Rico.

zones de familia y de la vuelta a España cuando ella tenía veintidós años sólo alcanzó, entre 1908-1909, a seguir algunos cursos del programa de extensión del Teacher's College (Escuela Normal) de la Universidad de Columbia de Nueva York. Pero su madre, una mujer muy cultivada, la había cultivado, y ella completó su labor autocultivándose. En 1941 y 1942, Juan Ramón daba cursillos en los Estados Unidos, en las Universidades de Miami y Duke, y ella asistía a clases interesantes de historia y otras materias.

En 1950, Juan Ramón también se sentía contento. El viaje a la Argentina en 1948 lo renovó. El domingo 19 de diciembre de ese año Zenobia anotaba en su diario que en Buenos Aires, para las siete de la noche ella rendida, se metía en la cama pidiendo una cena ligera y dejaba que Juan Ramón siguiera hasta las once. El se levantaba a las cinco para preparar el trabajo, las conferencias que estaba dando, porque desde las ocho ya no se podía hacer nada más que recibir gente y contestar el teléfono. Decía que nunca comían solos más que para desayunarse, porque siempre estaban invitados o correspondiendo, y que las flores llegaban con tanta frecuencia que al sacarlas por la noche al corredor se creería que la puerta de ellos era de una diva. Juan Ramón le había dicho: «Me van a matar, pero esto es vivir», y el cariño que le demostraban por la calle, restaurantes, corredores del hotel, barcos, no era para contarlo; le habían devuelto a Juan Ramón la salud y lo volvieron a llenar de ilusión.

Después de la apoteosis de la Argentina fue el encuentro de Juan Ramón con el dios posible por la poesía de *Animal de fondo;* la mayor parte de los poemas de esa colección fueron escritos en alta mar, al regreso a los Estados Unidos. El libro se acabó de imprimir en Buenos Aires en julio de 1949, por la Editorial Pleamar, y para diciembre de ese año Juan Ramón dedicaba y enviaba ejemplares a sus amistades.. Pero en el verano de 1950 desapareció el logrado equilibrio de sus vidas en el exilio. Juan Ramón se enfermó con depresión aguda, como se había enfermado cíclicamente en la Florida en 1942; en el mismo Maryland, en 1946, y como se volvería a enfermar en Puerto Rico, en 1954. Se recluyó en un sanatorio de Maryland, rodeado de jardines, también de los Adventistas del Séptimo Día, los únicos que por entonces tenían casas de salud por la vecindad. Se llamaba el Washington Sanitarium and Hospital. Los adventistas que lo llevaban eran personas de límpidas costumbres y límpidos en el comer y el beber, que se abstenían de la carne, del té, del café y de las bebidas con cualquier estimulante, no se diga el alcohol. Estaba en un pueblo llamado Takoma, contiguo a Riverdale, como si fuera otra barriada residencial. Por él, Juan Ramón le dio el nombre «Del bajo Takoma» a la quinta parte de

su libro *Una colina meridiana.* Como Juan Ramón no mejoraba, en septiembre de ese 1950 Zenobia lo recluyó en el famoso hospital de Johns Hopkins de Baltimore, a poco más de una hora de distancia de Riverdale. Allí se encontraron con el doctor Julio Ortega, médico español, lo que los animó y les hizo pensar que un viaje a un lugar de habla española, como Puerto Rico, podría hacerle bien. Allá se marcharon en noviembre de ese año. Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico y buen amigo de los valores culturales de España y América, les dio generosa acogida en la casa de huéspedes de esa institución. Según Zenobia, no tuvieron la misma suerte con un compatriota, el médico español doctor Amalio Roldán, que dirigía el hospital Auxilio Mutuo. Reconocido Juan Ramón en otro hospital, el Presbiteriano, diagnosticaron su estado como de aguda depresión nerviosa, y Zenobia procuró internarlo en el Auxilio Mutuo, pero el doctor Roldán no lo admitió. En carta a Elisa Ramonet, de 5 de marzo de 1951, comenta Zenobia que de los médicos españoles y puertorriqueños que conoció en su viaje:

> todos se han portado admirablemente con él menos Roldán el director del Auxilio Mutuo (Hospital Español) que fue su primer interno en Madrid hace la friolera de 46 años que conoció y con quien trabó amistad en el Rosario, en Madrid[4]. Se lleva una cada chasco inesperado. Me dicen que el cónsul estaba indignado al saber que no lo había querido admitir ni por 8 días mientras esperábamos otra resolución. Por eso tuvimos que volvernos de Puerto Rico pero ahora como vamos con más tiempo porque mi Universidad me ha concedido un semestre sabático que termina en las vacaciones de verano y después de eso yo espero que Dios me ilumine para ir tirando como sea aun cuando sin el sueldo de la U. no lo veo muy fácil y con J. R. en este estado es difícil buscarme otro empleo.

Al regreso a Riverdale, Juan Ramón se internó en el hospitalito que le quedaba al cruzar la calle, el Leland Memorial; de allí pasó a un hospital de Washington con sala de psiquiatría, el George Washington Hospital, y como no mejoraba, siguiendo la recomendación del doctor Ovelhoser, del Johns Hopkins, que consideraba necesario para su recuperación el que Juan Ramón estuviera en su ambiente, la pareja, por mutuo acuerdo, decidió regresar a Puerto Rico. Tan malo se había puesto Juan Ramón que necesitó de la compañía de un enfermero al salir hacia Nueva York.

El 19 de marzo de 1951, Zenobia y Juan Ramón regresaron a esa isla. Su estancia allí lo mejoró[5]. Pararon en una casa de hospedaje en la calle Magdalena, 1352, de Santurce, en la mejor barriada residencial

---

[4] Se refiere Zenobia al Sanatorio del Rosario, donde Juan Ramón estuvo recluido entre 1901-1903.

[5] En *El último Juan Ramón*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1968, RICARDO GULLÓN da detalles de la vida de Zenobia y Juan Ramón en Puerto Rico.

para esa época, El Condado. Zenobia describe la casa en carta a esta autora (puertorriqueña por la rama paterna), a quien Zenobia dio por llamar a la manera italiana [6]:

(1352 Magdalena
Santurce, Puerto Rico)
3. IV. 51

Sra. Da. Graziella P. de Nemes

Querida Graziella:

(...) Aquí estamos en Puerto Rico disfrutando del clima suave y de los amigos cariñosos y de los médicos misioneros... y con esto quiero decir desinteresados y abnegados. Vivimos por el momento en un «boarding house» famosa entre los españoles porque la dueña es asturiana y aquí vienen a parar todos los que pueden hacerlo. Aquí vive desde hace años el hermano menor de D. Fernando de los Ríos y el Prof. Gabriel Franco, aquí estuvo 3 años, Pedro Salinas y ahora la compositora María Rodrigo y su hermana que es psicóloga y trabaja con los veteranos y el representante de la Casa Iberia que, no tengo que decir, es la línea aérea española, y una parejita muy simpática de hermanos puertorriqueños y por último nuestro querido doctor que está empeñado en que los 3 nos vayamos a vivir juntos a su casa en cuanto se desocupe [7]. Yo ya estoy haciendo proyectos para arreglarla lo más ligerito y agradablemente posible aunque hasta ahora sólo la he visto por fuera. Lo malo es que el doctor que la ocupa y que debería retirarse, parece que no encuentra adonde ir. Mientras, vivimos todos en la casona hospitalaria de Doña Lola [8] que tiene una galería muy grande llena de mecedoras, hamacas y mesas, donde se congrega la comitiva. Pepe de los Ríos tiene ya sus 72 años y hay que verlo vestido de punta en blanco y tan activo como siempre, llegando a su oficina por sus propios pies sin siquiera tomar una guagua. J. R. sigue diciéndonos todos los días que se muere pero se levanta temprano y se sale ya todo el día a la galería a decirnos que todo es horrible y en esta casa no se puede estar. Ayer domingo nos fuimos todos a Luquillo [9] y aunque no nos bañamos J. R. se comió un buen bizcocho que le trajo una muchacha muy guapa que yo llamo «La Biznieta del Caribe» porque es la nieta de su «Hija» [10]. Me alegro de haber traído el automóvil porque, aun cuando haya salido demasiado caro para nuestro presupuesto, nos es indispensable. Muchas cosas a su marido y un apretado abrazo para Vd. de su amiga que la echa muy de menos

ZENOBIA CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ

---

[6] En esta carta, así como en las otràs dirigidas a mí que cito o transcribo en este trabajo, suprimo todo lo que no tiene que ver directamente con la pareja.

[7] El Dr. José García-Madrid, residente en Puerto Rico.

[8] Lola Tuya, viuda de García, asturiana que hizo fortuna en Puerto Rico.

[9] Una bella playa cercana a la capital de Puerto Rico.

[10] El escritor puertorriqueño José Gualberto Padilla (1829-1896), patriota, médico y periodista, se firmaba «El Caribe», y su hija, «La Hija del Caribe».

La mejoría de Juan Ramón se debió, sin duda, al ambiente español de la casa de doña Lola Tuya y al hecho de que se encontraba rodeado de médicos, como en los días de su juventud en el Sanatorio del Rosario de Madrid, bajo la tutela del doctor Luis Simarro o en la propia casa de Simarro, compartiendo la estancia con el doctor Nicolás Achúcarro. Esto queda confirmado en otra de las cartas de Zenobia de esa época:

1352 Magdalena
Santurce, P. R.
27 de mayo (1951)
domingo

Querida Graziella:

(...) Esta casa está llena de españoles que estos días han estado examinando de matemáticas, de música, psiquiatría, etc. y los pobres, entre el trabajo y el calor, al que ninguno de nosotros se ha adaptado todavía, estaban hasta demacrados. (...) Si viera Vd. a J. R. comprendería que yo quiero seguir el experimento algún tiempo más. Ha ganado 10 libras en dos meses. Anteanoche estuvimos en el teatro, anoche en el aeropuerto, pensamos ir a oír a Rubinstein muy pronto. Se acabó la cama durante el día y la silla de ruedas del todo. Vd. se quedaría admirada si lo viera. Durante el día está en su sillón pero cuando llega el fresquito de la velada, J. R. se pone su ropa blanca y se va con los «tres Mosqueteros» como llamamos al Dr. García-Madrid, al Dr. García Galarza y al Prof. Gabriel Franco. Entonces las hermanas Rodrigo y yo nos metemos en nuestro Chevrolet constituidas en las «tres Mosqueteras» de 60 para arribas todas, y nos vamos «de picos pardos» también. Le mando un buen abrazo y muchísimas cosas a todos los colegas.

ZENOBIA CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ

De la casa de hospedaje en El Condado, Zenobia y Juan Ramón se fueron a vivir con el doctor García-Madrid, con gran ilusión, como se desprende de esta otra carta:

1352 Magdalena
Santurce, Puerto Rico
9. VII. 51.

Querida Graziella:

(...) Estamos esperando que nos acaben de arreglar la casa del doctor García-Madrid en los terrenos de la Universidad y como la están no sólo pintando sino poniéndole telas metálicas nuevas en todo, cerrando la galería con persianitas, instalando una cocina y refrigeradora y calentador flamantes, etc. me figuro que todavía tendremos que esperar, por lo menos un par de semanas.

(...) Yo me paso la vida entre traducir monografías para la escuela modelo de la Universidad, prepararme para el curso básico de humanidades que empieza aquí el 25 de agosto en vez del 25 de setiembre como en climas más frescos y leerle la vida de Toscanini a J. R. Le aseguro que no me queda tiempo para nada. Las excursiones se acabaron cuando empezó el calor y cada excursión me costaba un desarreglo intestinal. De todos modos hemos estado en Luquillo y Dorado juntos y yo sola en Caguas, Humacao, Fajardo, Cidra, Mayagüez, Guayateca y me encanta visitar la isla. Hemos visto dos representaciones de obras de García-Lorca en el teatro de la Universidad dirigidos por Rivas Cherif. Vimos a Marian Anderson y a Rubinstein. Que lo pasen Vds. muy bien y le manda un abrazo y las gracias su vieja amiga

ZENOBIA CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ

Viviendo en casa del doctor García Madrid a Zenobia se le declararon síntomas de la enfermedad que había de causarle la muerte. Preocupada por las continuas hemorragias internas, pretendía, sin embargo, ante los demás, que no era de cuidado. El 24 de diciembre de 1951 le escribe a su amiga Elisa Ramonet:

«Lo que me pasa es lo que me curó Goyanes hace veinte años y que con el calor del trópico ha vuelto a resollar. *Dicen* que es una operación *preventiva* y les he rogado que me la hicieran aquí, pero no lo he conseguido.»

Zenobia se marchó para internarse en el famoso Massachussetts General Hospital, de Boston, asociado con la Escuela de Medicina de la Universidad de Harvard; allí la operó el prestigioso cirujano Joe V. Meigs, el 31 de diciembre de ese mismo año, y sus dudas de que lo que tenía era cáncer quedaron confirmadas. En la ausencia de Zenobia, y después de su regreso, Juan Ramón escribió los preciosos poemas de «Ríos que se van», en los que su mujer es el objeto [11].

Para febrero de 1952, Zenobia, de regreso a su hogar en Puerto Rico, se incorporó de lleno a la vida normal, volviendo a hacer las veces de colaboradora y secretaria de su marido. Me escribió entonces una larga e interesante carta, contestando a preguntas que yo les había hecho sobre la vida y la obra de Juan Ramón, anticipando yo la revisión de mi tesis doctoral sobre el poeta, para darla a la publicación. El proyecto fue iniciado durante la estancia de la pareja en Maryland, con el consentimiento y colaboración de Juan Ramón, que había puesto a mi disposición su biblioteca, lo que solía hacer con los colegas y alumnos preferidos, pero quedó interrumpido al marcharse ellos a Puerto Rico.

[11] Comentados por esta autora en «La elegía desnuda de Juan Ramón Jiménez: 'Ríos que se van'», *Papeles de Sons Armadans*, núm. CXLIX, agosto de 1968, págs. 101-112, y RICARDO GULLÓN en el capítulo «Otra vez la poesía», de *El último Juan Ramón*, también de 1968, págs. 81-87.

Es obvio que la carta fue dictada en parte por Juan Ramón; en ella revive sus rencillas con los antiguos discípulos. Para entonces ya nos habíamos carteado bastante, y Zenobia escribió mi nombre correctamente, lo que ni ella ni Juan Ramón hacían muy a menudo:

Río Piedras, P. R.
27 de marzo de 1952

Querida Graciela:

Le escribo a máquina porque me hace usted preguntas concretas y mi letra es tan poco inteligible que no me fío de ella, sobre todo para apellidos y nombres de lugar.

Ante todo, los padres de Juan Ramón se llamaron:

Víctor Jiménez de Nestares Y Sainz del Prado. (Nació en Nestares, Prov. de Logroño.)

María de la Purificación Mantecón y López Pareja. (Nació en Osuna, Prov. de Sevilla.)

(Una tía carnal—Juana—fue fundadora religiosa y en vida—anterior mundana—se llamó Marquesa de Casa Mantecón.)

La Sierra de Guadarrama está inmediata a Madrid, y en ella, tiene mucha gente casas de veraneo. Entre el 1902 y el 1903 J. R. iba casi todos los domingos y pasó allí una temporada de varios meses en esta época. D. Francisco Giner iba constantemente a la Sierra y J. R., como otros amigos, le acompañaba algunas veces. En realidad, la costumbre de ir a la Sierra de Guadarrama, fué iniciada por la gente de la Institución Libre de Enseñanza.

Al salir del Sanatorio del Rosario, J. R. fué a Moguer, como muchos veranos. Cuando regresó a Madrid pasó una temporada como huésped en una casa particular.

Al volver a Madrid de Guadarrama, el Dr. Simarro, muy enfermo ya—había perdido a su esposa—, invitó a vivir con él al famoso psiquiatra y neurólogo Nicolás Achúcarro—de la edad de J. R.—entonces muy joven, y a J. R. Allí, con Simarro, vivió J. R. dos años. Achúcarro menos tiempo porque se vino como médico a St. Elizabeth's Hospital en Washington. Murió en España algún tiempo después de regresar de América.

Ya gravemente enfermo el Dr. Simarro, la familia de su esposa se trasladó a Madrid para vivir con él. Entonces J. R. se fué a Fuentepiña, la casa de campo, inmediata a Moguer, en donde vivió hasta el 1912. Desde esa fecha vivió en Madrid definitivamente.

J. R. le pide que antes de publicar su tesis se la mande para repasarla.

La encarga que no le fantasee poéticamente cuando hable de él sino que escriba lo más sencillamente posible y le pide ver la tesis porque, además del gusto de verla, no sabe lo que usted lee sobre él, se han escrito tantas cosas, tantas veces repetidas después con errores no com-

probados, sobre todo en Hispano-América. Uno de los críticos que alteran más la verdad para contradecir lo que críticos serios, bien informados, como Onís y Angel del Río, etc. han dicho, ha sido Pedro Salinas que en sus artículos ha cambiado hasta fechas de publicación de libros de J. R. para dar a entender que las influencias no habían sido posibles. Salinas tiene siempre la costumbre de alterar fechas para sus asuntos particulares y en su libro Literatura española, publicado en México, en la Edición Séneca, podrá usted leer, por ejemplo, que Guillermo Valencia publicó su libro «Ritos» en 1914, si J. R. mal no recuerda (no tiene aquí mismo el libro) y J. R. tuvo ese libro en sus manos en 1900 y escribió sobre él, cuando era un niño de 19 años [12]. Salinas ha dicho en su libro, también, que Rodó escribió que los poetas de Andalucía recóndita eran Antonio Machado y Juan Ramón [13]. Aún cuando este concepto sea verdad, Rodó nunca nombró a Antonio Machado en su capítulo «Recóndita Andalucía», que era exclusivamente sobre Juan Ramón.

Además a Juan Ramón le consta que Salinas y Guillén, señalados por toda la crítica contemporánea como seguidores de J. R., en sus conferencias universitarias de los Estados Unidos, sobre todo en los cursos de verano de Middlebury, han procurado contradecir esto, hasta tal punto que «X» se decidió a dar unas conferencias sobre J. R., en un verano de Middlebury, exclusivamente para poner las cosas en su sitio, mientras Salinas decía lo que decía en el mismo año y lugar. Y Antonio Castro Leal, el crítico mexicano, le dijo a J. R. que Salinas alteraba las cosas al hablar de J. R. de tal manera que los mismos discípulos tenían que contradecirlo. Todo esto no es para decirlo en la tesis, sino para que usted lo tenga en cuenta y vaya a las fuentes más serias como son: la Antología de Onís, la «Laurel» de México y la de Juan José Domenchina, también editada en México, etc. en las cuales los datos son verdaderos.

Creo haber contestado a todas sus preguntas sobre la tesis y haber añadido bastante más, pero si algo se quedó en el tintero, no tema nunca incomodarme porque lo que yo quiero es cooperar en todo lo que pueda ayudarla.

Ahora le quiero dar un millón de gracias y pedirle mil perdones por no haberle dicho nada del libro de Nietzsche que estamos leyendo con el mayor interés, porque libra al pobre filósofo de una gran cantidad de culpas que los nazis le adjudicaron para que sus doctrinas llevaran tan ilustre nombre al frente. Como usted supone, llegó durante mi ausencia o en los momentos en que todo estaba revuelto con mi impensada y angustiosa salida. Cuando volví fué tal la baraunda de cosas que cayó sobre mí y la que yo traía en la cabeza, que sin duda

---

[12] En el capítulo «El problema del modernismo en España, o un conflicto entre dos espíritus», de *Literatura española siglo XX* (2.ª ed., México, 1949), dice Salinas: «Valencia da a luz 'Ritos' en 1914», pág. 21. *Ritos* se publicó en Bogotá en 1898 y en 1914 salió en Londres una segunda edición, aumentada, que sería probablemente la que conocía Salinas.

[13] En la misma obra, en el ensayo «Antonio Machado», dice Salinas: «Por Antonio Machado, por Juan Ramón Jiménez, sospechó Rodó la existencia de una Andalucía recóndita tan distinta de la litografía en colores del siglo XIX», pág. 149. Rodó escribió el artículo «Andalucía recóndita. Al margen de las 'Elegías' de Juan R. Jiménez», como reseña de dicho libro. Recogido en *El mirador de Próspero,* de Rodó, de 1913.

cometí la atrocidad de no darle las gracias por el libro. La verdad es que no estaba segura de que fuera usted quien se lo había mandado a J. R. y temía meter lindamente la patita. Todavía ahora estoy dando las gracias por las cosas que debí agradecer en los días de Navidad, porque encima cayeron las que debía por las atenciones tan cariñosas y generosas que recibí durante mi enfermedad, por no decir nada de las invitaciones de estancia en casa de amigos y parientes, que no podía aceptar porque no me dejaba el médico subir escaleras ni bajar una ventana pesada, ni cargar una maleta. Y en esas condiciones mi visita hubiera sido una pesadez para cualquiera.

Bueno, antes de que se quede dormida, le digo adiós. Un buen abrazo

ZENOBIA

Apartado 1933, Universidad, Río Piedras, P. R.

Un año después, ante la insistencia mía de que Juan Ramón leyera lo que estaba ya escrito en la tesis doctoral para su verificación, él mismo me escribió, disculpándose por la tardanza:

Río Piedras
5 enero, 53.

Querida Graziela:

Hace un mes que estoy trabajando de nuevo. Desde agosto de 1950 hasta estos meses últimos, no me fué posible ocuparme de nada, porque estaba demasiado débil. El ejemplar de la tesis que usted me mandó ha estado esperando hasta hace un par de días cuando Zenobia me lo empezó a leer. Yo voy corrijiendo los errores y, cuando hayamos terminado la lectura, le enviaré las notas que yo haya tomado al marjen de su trabajo. Mientras que yo no le envíe estas correcciones, no dé usted a la imprenta la tesis. Creo que en unos 20 días podré enviarle mis correcciones aunque serán bastantes por lo que voy viendo. ¿De dónde ha sacado usted toda esa historia del campo de Moguer y de Huelva? ¿Quién le ha dicho que Sierra Morena llega hasta Moguer, cuando está en Jaén?

Bueno, hasta pronto (...) Estamos contentos en Puerto Rico y en esta Universidad se portan muy bien con nosotros dos.

Con mi cariño

JUAN RAMÓN

En el verano de 1954, Zenobia y Juan Ramón se mudaron a la casa del doctor Fernando A. Batlle, director del Hospital Municipal de Río Piedras, ocupando el piso bajo; el alto estaba ocupado por el doctor y su familia. En el anuncio de la casa que se ofreció en el periódico, casa situada en la calle Padre Berríos, 461, de la población de Hato Rey, vecina a la de Río Piedras, donde está la Universidad de Puerto Rico, se mencionaba que se encontraba en una barriada de profesionales, en-

tre ellos, médicos. Este detalle llamó la atención de Juan Ramón. La casa les gustó, y, para colmo, el casero, el doctor Batlle, se convirtió en otro ángel tutelar del poeta como lo fuera García Madrid, que se casaba y se marchaba a los Estados Unidos a hacer un internado en un hospital de Filadelfia.

Para la primavera de 1954, Juan Ramón y Zenobia, decididos a quedarse permanentemente en Puerto Rico, determinaron deshacerse de la casa de Riverdale y trasladar sus pertenencias a esa isla. La amiga Inés Muñoz se había encargado de alquilarla, pero los inquilinos resultaron de lo peor, como cuenta Zenobia en esta carta que transcribo a continuación:

Hato Rey, P. R.
20 de marzo 54
Apartado 1933, Universidad
Río Piedras, P. R.

Mi querida Graziella:

(...) Como es casi seguro que nos quedemos en esta preciosísima isla de P. R. parece un poco tonto seguir indefinidamente con el riesgo de sostener una casa a esa distancia sin objeto. Este año pasado, como la renta que nos pagan no son más que $ 100 al mes y eso se va todo entre los $ 80 mensuales conque estamos acabando en la hipoteca y los $ 200 *casi* de los impuestos anuales más el seguro, hemos gastado $ 900 en poner la casa en estado habitable porque está visto que de 4 inquilinos todos menos estos nos han salido una calamidad por un estilo o por otro. Los primeros se emborrachaban, se pegaban, se tiraban los trastos a la cabeza de manera que salían por las ventanas rompiendo los cristales hasta que los vecinos llamaban a la policía. Los segundos estafaron los dos meses últimos diciendo que se habían quedado sin trabajo. El 3°, era mejor pero sus perros llenaron la casa de tal manera de pulgas que tuvimos que pagar $ 25 para exterminarlas. Estos últimos han tomado la casa por 18 meses que vencen el 10 de agosto y siempre piden cosas pero en fin son bastante buenas personas y pagan con regularidad. Antes de entrar ellos la Sta. Muñoz me hizo pintar y empapelar todo el interior de la casa, arreglando todos los suelos, comprar una refrigeradora, etc. conque no le llamará la atención que subieran las cuentas a $ 900. Nuestros muebles están con las telas y los muelles destrozados y tratados a patadas en el desván de la casa. Lo indicado sería que yo me plantara allá a resolver las cosas sobre el terreno, porque yo a fuerza de operación, rayos X y radium estoy hecha un roble. Ya ve Vd. que la pobre Margarita Salinas después de la operación 1ª. vivió 14 1/2 años, así que con tan buen ejemplo por delante, yo estoy dispuesta por lo menos a emularla. J. R. está ahora trabajando que es una gloria. Anoche estábamos contando las colaboraciones de revistas que acaban de salir, que van de camino o que están ya en marcha y eran 30¡! más los 2 libros que quiere dar antes de fin de año. ¡Está más

contento que unas castañuelas! Está ayudando a los muchachos que tienen talento para pluma o pincel y contentísimo. Yo ahora, estoy descansando y lo más probable es que no vuelva a la Universidad porque me parece más útil ayudar a J. R. Me he apartado de lo que le quería preguntar que son dos cosas, que la Sta. Muñoz quiere hacer por mi pero hay que contar que tiene 75 años y que no vive ni ha vivido en Riverdale[14]. J. R. para sus libros necesita algunos de los que tenemos en el ático y revistas y papeles que ocuparán, me figuro, como 6 cajas de cartón por lo menos. Tenemos permiso para pasar al ático a sacar cosas (no para una mudanza). ¿Vd. cree que nos podría sacar y mandarlos por correo o express, lo que resulte mejor? Claro que nosotros queremos pagar al chico que traiga y lleve los paquetes y que si no sabe Vd. de algún universitario que se quiere ganar más «perras», yo le diría quien creo podría ayudarla. Lo segundo sería, cuando se fueran los inquilinos, separar (según lista) lo que el Security Storage nos tiene que mandar acá y lo que quisiéramos vender. (...) J. R. es el que se opone a que vaya yo, cosa que lamenta en el alma, porque aparte de que me fastidia molestar a los demás para pedirles que hagan lo que me toca a mí, lo iba a pasar estupendamente. Sin haber casi hablado de mi proyecto tenía buenos amigos tanto allí como en Washington que me invitaban a parar en sus casas y hubiera visto a tanta gente que quiero. Cuando estuve en Boston para operarme, me divertí mucho más de lo que padecí y, al principio, padecí bastante pensando que si me moría dejaba a mi marido a los 70 años en los cuernos de la luna. (Entonces tampoco estaba todavía tan bien como ahora.) Yo había pensado en escribirle a Vd. hace tiempo pero hoy como por transmisión de pensamiento J. R. me ha dicho «¿Por qué no se lo preguntas a Graziella Nemes...» (...) Yo le mandaría un plano del ático para facilitar el encuentro de papeles pero todos los estantes aunque están envueltos en papeles tienen un tejuelo que dice el carácter de los libros que hay dentro. Yo tengo muchos libros universitarios que daría con gusto a estudiantes pobres. En realidad yo no necesito vender la casa y lo quisiera hacer por quitarme de encima una propiedad tan lejana que me merma el presupuesto y que es un riesgo «el ojo del amo engorda el caballo». Si no fuera fácil de vender o si es mal momento puedo seguir alquilando. No le mando la lista de libros de J. R. porque aún no sé si Vd. puede hacerme esto. Ya le he dicho toda la gente que se ha ofrecido aparte de los empleados pagados. Muchas gracias de todos modos porque sé que si no lo hace no será porque no lo quiera hacer. Un abrazo de

ZENOBIA C. DE J.

Yo ayudé, y la mudanza se llevó a cabo. Para octubre de 1954 las pertenencias de Zenobia y Juan Ramón llegaron a Puerto Rico; pero para entonces el poeta estaba enfermo de nuevo. Me escribe Zenobia:

[14] Nosotros vivíamos casi al lado de Riverdale, en otra barriada llamada «College Heights», y conocíamos bien la región y la casa de Zenobia y Juan Ramón, que yo visitaba a menudo.

Hato Rey, P. R.
18 de nov. 54

Mi querida Graciela:

Le estoy escribiendo una carta muy triste porque el pobre J. R. que venía encontrándose flojo desde hace meses ha tenido una recaída (no tan profunda como la anterior) pero lo bastante para estar de nuevo en un hospital: esta vez en el Auxilio Mutuo. Hace 3 días mientras le ponían un suero muy lento CCC de reacción super-renal yo me dediqué a preguntarle sobre todos los subrayados que tenía hechos en las 1as. páginas de su tesis y me contestó, haciendo yo notas que incluyo. Pero ya llegando a los Capítulos IV y V que no tenía subrayados apenas pude sacarle nada y hoy me ha pedido que le devuelva la tesis sin hacerle perder ya más tiempo, cosa que hago y podrá Vd. figurarse con qué corazón. Me dijo que le dijera que hiciese Vd. lo que Vd. creyera mejor con ello. Como vuelve a considerar que se muere al día siguiente todos los días no quiere hacer más proyectos que para mi viudez. El mismo médico que lo cuidó antes dice que vuelve a salir «pero que todavía nos dará un poco de lata». Vd. puede figurarse que «la lata» para mi es que se me consume el alma, la vida y el corazón. El estrellarse con esa constante obstrucción negativa es una frustración constante que aniquila. Nuestro casero el dominicano Dr. Fernando Batlle, Director del Hospital Municipal de Río Piedras, es el que esta vez se ha echado el peso de todo encima. Todos los días de fiesta el santo varón le da un buen paseo en coche ya que sin médico no sale conmigo ni de su aposento. Han logrado despertarle el apetito (había perdido 15 libras) y come muy bien y esperamos que si se repone físicamente esto sea la gran base para lo moral. Cuando empecé esta carta estaba tan cansada y deprimida yo misma que no veo más que negro pero a medida que le he ido escribiendo me he ido fortaleciendo un poco el espíritu. ¿Se acuerda de cómo volvía de Johns Hopkins? No me olvido de lo que Vd. me acompañó. Y después Inés Muñoz. Aquí todo el mundo se porta muy bien con nosotros también... En todas partes hay almas buenas. Un abrazo de su amiga que quisiera haber podido más.

ZENOBIA C. DE J.

La gravedad de Juan Ramón continuó. Las cartas de Zenobia son una crónica de su angustiosa situación, y no necesitan comentario. La nota que sigue, enviada a manera de saludo de Navidad, incluye a mi marido:

(Hato Rey, P. R.
24 de diciembre 1954)

Queridos amigos:

Me estoy acordando muchísimo de Vds. esta Nochebuena. 73 cumpleaños de mi queridísimo marido y separada de él. ¡Dios quiera po-

nérmelo bien! Hoy por ser el día que era me dejaron verlo... Le pusimos hoy la 2ª. transfusión de sangre.

(Apartado 1933, Universidad
Río Piedras, P. R.
19 de enero 1955)

Querido matrimonio Nemes:

Cómo he pasado un mes de diciembre tan horrible no puedo recordar si les puse una tarjeta de gracias individuales o no. No mandé ninguna felicitación a nadie porque la gravedad de la enfermedad de J. R. era tal que yo no podía pensar en otra cosa que en mi desesperación. Por fin el día 20 lo trasladamos a una nueva clínica en Hato Tejas en donde sabían lo que tenían entre manos y lo primero que hicieron fué despacharme a S. Juan con una muestra de sangre de J. R. para que les tengan una transfusión en el acto. Semana hubo en que se le pusieron 3 transfusiones porque no se atrevían a darle más de cuarto de litro a la vez. Me llamaron urgentemente a las 3 de la madrugada del 26 y pueden figurarse como hice el camino de 10 millas. Gracias a Dios cuando llegué la enfermera me recibió a la puerta diciendo que la fiebre había bajado. El Director, que vive a 6 millas, estaba ya allí con el residente, la Directora de Enfermeras con la de turno y 4 hombres para manipular las bombas de oxígeno. Me quedé admirada de la buena organización y la precisión con la que todos trabajaban a un tiempo. Desde el día 1°. del año dió un cambiazo y de estar casi inerte al entrar, ahora aborrece la cama y se pasea a su gusto por el hospital, baja las escaleras solo y pide el teléfono para hablarme. Yo lo veo casi todos los días porque lo más duro de todo para los dos es que nos separaban bastante al principio para que no descansara tanto en mí y tuviera más confianza en sí mismo. Todavía hay que darle 2 comidas artificialmente porque no toma nada sólido. El domingo va, si Dios quiere, a dar su primer paseo con el Dr. Batlle y conmigo en el coche del primero porque todavía no nos atrevemos solos. Les incluyo aparte un papelito con rompecabezas que no quiero que vayan aquí con todos mis buenos deseos para el 1955 que con tan buen pie entró para mí

ZENOBIA C. DE J.

Hato Rey, P. R.
11 de febrero 55

Mi querida Graciela:

(...) La casa ha ganado el 100 % con la llegada de las cosas de Riverdale, más los retratos de Sorolla de J. R: y míos que vinieron hace unos meses de España. Pero me dan ganas de llorar de estar sentada aquí sola mirándolo todo sin poderlo disfrutar porque J. R. no está aquí. Físicamente se ha repuesto muchísimo, tiene buen color y está bastante menos esquelético pero las depresiones nerviosas tardan en des-

aparecer y, aunque ya no dice que se va a morir, dice que se debiera morir. Yo le llevo todos los días cartas, revistas, hasta un vestido o sombrero que me compré, para alegrarlo, pero hace meses que no conseguimos hacerle reír. Sin embargo no ha perdido su ironía fina y en cuanto se le toca el asunto literario o artístico, está interesado. Claro que yo no veo el día que vuelva a casa aunque sí tiene cuidados técnicos que yo no le podría dar. Una de las razones decisivas de tenerlo en el hospital es que allí le podían alimentar artificialmente, cosa que yo no podría hacer aún cuando aprendiera, porque él no se dejaría y probablemente a mí se me desbaratarían los nervios. El comía bien en los dos primeros hospitales pero cuando estaba en el segundo empezaron a darle una nueva droga y desde ese momento se negó a pasar nada sólido y acabó por no querer tomar ni un litro de leche al día y por quedarse del todo en cama. Fué preciso llevarle a este 3er. hospital especializado para que lo alimentaran pues había llegado a un punto de extenuación en que tenían que hacerle, al principio, 3 transfusiones semanales. Gracias a Dios ha respondido muy bien a ese tratamiento y ya está completamente fuera de peligro. Ahora falta continuar el tratamiento moral y como yo ya estoy optimista puedo ayudar y me permiten visitarlo todos los días y a varios amigos, una vez por semana (...)

Muchas cosas a los suyos y un gran abrazo de

ZENOBIA C. DE J.

En el verano de 1955 yo pasé algún tiempo con Zenobia y Juan Ramón en Puerto Rico, trabajando en la tesis doctoral que se iba convirtiendo en la biografía del poeta. Para entonces Zenobia había organizado los libros y papeles de Juan Ramón recuperados de la casa de Riverdale en una sala de la Biblioteca General de la Universidad que se usaba para almacenar cosas. El traslado de sus pertenencias por el Security Storage había necesitado un embalaje de madera tan grande que le sirvió a un puertorriqueño humilde para añadirle un cuarto a su casa, según noticias de Zenobia, y en el piso de la casa de Hato Rey no había espacio para guardar nada más. La sala de la biblioteca se fue convirtiendo en cuarto de estudio y de estar de Zenobia y Juan Ramón, y después pasó a ser la «Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez» de la Universidad de Puerto Rico, repositorio de todos los papeles de la pareja.

Trabajando con los papeles de Juan Ramón me enteré que en Suecia se estaban ocupando mucho de él. Arne Häggquist había hablado de su vida y su obra en una emisión por radio y leyó algunos de sus poemas traducidos por el poeta sueco Hjalmar Guttberg, traductor también de Gabriela Mistral, ganadora del Nobel. El mismo Häggquist estaba vertiendo al sueco *Platero y yo,* y Ernesto Dethorey, otro gran hombre de letras, al cumplir Juan Ramón los setenta, dio una conferencia sobre él

en la Torgarskola o escuela de idiomas de Estocolmo, y en 1955, en el periódico *Göteborgs Handels - Och Sjöfarts - Tidning,* considerado como el *Manchester Guardian* de Suecia, en la página cultural publicó un artículo sobre Juan Ramón titulado «En väsentling skald», en el que se preguntaba si había una poesía más pura, en la que se expresara en palabras de manera más pura e indefinible las realidades internas, que la suya era una poesía sin tiempo [15]. Desde 1953, Dethorey había dicho en el mismo periódico, en dos artículos sobre «La suerte de los intelectuales españoles», que salieron el 6 y 7 de mayo, que estando muertos Lorca y Machado, Juan Ramón era el único líder de la poesía española y que en la actualidad era el único español cuyo nombre era digno de aparecer en la categoría del Premio Nobel.

Al estímulo de esta información, me pareció que ya era hora de proponer a Juan Ramón para el Nobel debidamente, lo que no se había hecho hasta esa fecha. Donald F. Fogelquist, profesor de literatura española de la Universidad de California, crítico de la obra de Juan Ramón y amigo, de ascendencia escandinava, enterado del asunto por haber investigado en Puerto Rico para esa fecha las relaciones entre Juan Ramón y Darío, y haber repasado los papeles del poeta, intentó hacer algo por que se le propusiera, sin realizarlo. Yo procuré las reglas del Nobel, que me envió el escritor Häggquist, y que no llegaron a mis manos hasta enero de 1956, con tiempo apenas para realizar los trámites necesarios para la propuesta, que debería presentarse el 1 de febrero, a más tardar. Como se necesitaban para la documentación libros y artículos del poeta y sobre el poeta, fue necesario solicitar la ayuda de Zenobia. Redacté la petición, que por razones de rango firmó el doctor A. E. Zucker, director del Departamento de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Maryland, apoyando unánimemente la petición dicho Departamento. La Biblioteca del Congreso, por mediación de Francisco Aguilera, especialista en literatura hispánica y fiel amigo de Juan Ramón y Zenobia, aportó una carta dando testimonio de que *Platero y yo* había sido escogido entre otras muchas obras como la justa para imprimir en Braille para los ciegos, con lo que se ayudaba a llenar el requisito de la Fundación Nobel de que la persona tenía que haber producido en literatura la más destacada obra de tendencia idealista probada como tal por la experiencia y el escrutinio de los expertos. Las cartas de Zenobia, a continuación, tienen que ver con estos hechos. Ella nos proporcionó datos y material que nos faltaba para enviar la propuesta a Suecia, pero no tuvo que ver directamente con el asunto.

[15] «En Väsentling Skald», *Göteborgs Handels - Och Sjöfarts - Tidning,* Göteborg, abril 22, 1955, pág. 3. La información que doy sobre Juan Ramón en Suecia procede de una carta de Ernesto Dethorey, de Estocolmo, del 24 de abril de 1955, en la Sala Z. y J. R. J. de la Universidad de Puerto Rico.

16 de enero

Querida Graciela:

Gracias por todo su entusiasmo y trabajo. Dentro de un momento voy a la Universidad para mandarle certificados algunos libros. Mañana espero terminar las listas de datos que me pide y tal vez mande algún libro más. Le enviaré entonces la lista de los libros que le envío porque aún cuando todo va aéreo creo siempre las cartas corren más. Por de pronto las 3 conferencias de Miami, el suplemento de «Universidad», varios libros de traducciones y 4 para redondear los que Vds. tienen: «Sonetos», «Belleza», «Coplas» y «Romances», también «Canción» y «Poesía en Prosa y verso de J. R. J. escojida por Z. C. de J.»

Al vuelo y hasta mañana

ZENOBIA

28 de enero de 1956

Mi querida Graciela:

(...) Después de leer el documento que iba a Suecia, J. R. y yo nos quedamos sobrecojidos con la importancia del primero¡! ¡Cuántas cosas, Dios Santo! Aunque no le toque nada de lo que J. R. llama «una lotería», él lo agradece todo muchísimo y se emociona la mar. Claro, que su depresión le hace decir casi todos los días con tantas cosas buenas que le trae el correo «¡Cuántas cosas buenas cuando ya estoy muerto!» Y es que todos los días hay una cosa agradable: un día es la invitación de la Universidad de Granada para ser huésped de honor de la ciudad, otro «La Nación» de Buenos Aires que al sentirse libre quiere fundar un gran suplemento nuevo y le propone un contrato fijo al año, ... en fin lo de Moguer... [16]

Un gran abrazo

ZENOBIA C. DE J.

En el verano de 1956, Zenobia hizo dos viajes al Massachussetts General Hospital. Primero fue en junio, con la esperanza de someterse a una ansiada intervención quirúrgica que le prolongara la vida. Hizo el viaje en vano: el deplorable estado en que se hallaba impidió toda intervención. En su ausencia llegué yo a Puerto Rico, con mil encargos de ella para ocuparme de Juan Ramón y animarlo, pero era tal su estado que sólo consiguió desanimarme a mí, que no logré sacarlo de su aguda depresión. Al regresar Zenobia el 13 de julio dedicó sus últimos esfuerzos a la vida y la obra de su marido. Enferma de muerte, le leyó

[16] El 2 de julio de 1955 la Diputación Provincial de Huelva acordó por unanimidad adquirir en Moguer la casa donde nació Juan Ramón e instalar allí una biblioteca y un museo. Esta moción fue suscrita por el diputado Juan de Gorostidi y Alonso, primer director y gran impulsor de la hoy Casa de Cultura Zenobia y Juan Ramón Jiménez de Moguer.

y corrigió con él el manuscrito de la biografía que yo escribía, ya casi terminada. La voluntad y generosidad de esta mujer fue conmovedora, y yo quise creer que el que yo terminara y ellos me corrigieran esa obra representaba para ella una pequeña ilusión, porque sabía que yo quería bien a Juan Ramón y ayudaría a explicar sus bondades en vez de ensañarme en sus defectos. Eugenio Florit, poeta predilecto, le había prometido encargarse de la *Tercera Antolojía,* último libro publicado por su marido, y yo le hacía los encargos relacionados con el envío a Florit. Las cartas a continuación son las últimas que Zenobia me escribió, consumida no ya por la enfermedad, sino por la voluntad de dejar terminada la obra de su marido. Ambas fueron escritas antes del primer viaje a Boston ese verano de 1956.

Hato Rey, P. R.
15 de abril (1956)

Mi querida Graciela:

Llevo tanto tiempo con todo trastornado por mi enfermedad que ya no sé si le he escrito o no lo que me pasa. Seguí yendo a la Biblioteca mucho tiempo después de haber debido dejarlo pero ahora llevo 3 semanas de ausencia con todo revuelto y empantanado. Ya he estado en el hospital y he salido pero sigo en la cama o en un diván todo el día menos el rato que voy a los rayos X que me tienen *frita* en toda la extensión de la palabra. El Dr. dice que me tendrá bien para irme a España a fin de junio. ¡También me dijo que podía aceptar una invitación para convalecer en Ste. Croix en abril! De todos modos noto que los rayos están disminuyendo la intensidad de la hemorragia. Un abrazo

ZENOBIA

Hato Rey, P. R.
9 de junio de 1956

Mi querida Graciela:

Estará Vd., como siempre, de cabeza, y siento mucho tenerle que decir que mi enfermedad en vez de mejorar me ha llevado cada vez más hacia la debilidad hasta sentirme, después de tantos rayos, convertida en una pura piltrafa que ya no podía ni ir a la Universidad. Estos 3 meses que me han faltado de trabajo me han atrasado muchísimo en el ordenar cosas que a Vd. le harán falta y la 3ª. «Antolojía» se me ha quedado sin acabar sobre la mesa. El Sr. Onís, antes de marcharse, consiguió del Sr. Hayes que nos pusiera una empleada por las mañanas que siquiera tenga aquello abierto y yo la he puesto bajo la dirección de la Sra. Vázquez, directora de catalogaciones, a catalogar a máquina los libros autógrafos [17]. (...) Pero lo que le iba a decir es que me he deses-

[17] El señor Onís es don Federico, entonces a cargo de la División de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico. El señor Hayes es Thomas S. Hayes, bibliotecario entonces de esa Universidad en Río Piedras.

perado tanto con la falta de éxito aquí de los médicos que, al fin, he cortado por lo sano y aprovechado la salida del Dr. Olleros y su familia el domingo 24 a las 10 A. M. para irme de nuevo al Massachusetts General Hospital de Boston en donde me operaron el 31 de día del 51. He aprovechado este viaje del Dr. Olleros porque ya no me siento segura yendo sola y este avión debe empalmar con el que sale del mismo aeropuerto de la Eastern a las 4.40 para Boston llegando una hora después. He avisado para que me vengan a buscar del hospital. Dios quiera que dentro de 15 días esté lo bastante libre de dolores para que no haya dificultad en el viaje de N. Y. a B. Vd. no se apure por nada. El Dr. Batlle que vive arriba me asegura que él se ocupará de J. R. y Nemesia lo sabe atender perfectamente. Lo malo es que en este tiempo de mi enfermedad J. R. se ha acostumbrado a no salir para ningún lado y no sé si Vd. conseguirá que vaya con Vd. a la biblioteca cuando llegue. Yo le seguiré escribiendo diciéndole en qué forma está el archivo de J. R. y los ficheros que más pueden interesarle.

Muchas cosas a todos los colegas.

ZENOBIA C. DE J.

No tengo idea de lo que me van a hacer y no sé el tiempo que estaré fuera. Vd. siempre tendrá en donde estar sea en casa o en la de la Sra. B. que debe regresar el 2 de julio, y dejó dicho que se lo tendría todo dispuesto a Vd. para el 4. Yo no podía aguantar más y Dios quiera que llegue a tiempo de que me arreglen por otros 2 o 3 años.

3 de julio (1956)
(Boston, Mass.)

Qda. Graciela:

Esta carta es para Vd. sola aunque no hay por qué engañar demasiado. Las impresiones no son nada optimistas. Las quemaduras brutales impiden intervención por ahora y no se sabe si lo permitirán. Si no, es cuestión de meses. Por eso no quiero perder ni un momento. Primero el libro. Está sobre la mesa isabelina en la biblioteca, casi en orden dentro de lo inacabado. Allí mismo creo encontrará la organización del libro y si no J. R. se lo reconstruirá en un momento. Quiere empezar con la 2ª. Antolojía tal y como está sin quitarle ni añadirle. Enseguida la selección de «Piedra y cielo» y luego la de «Poesía» (confirmarlo todo con J. R.). El quería de 50 a 60 poemas de cada libro, yo saqué más para dejarlo luego en lo dicho pero ya he desistido de hacerlo yo misma. El libro se llama 3ª. «Antolojía poética» y las fechas se las pide a J. R. — la primera es la 1ª. de la «2ª. Ant.» la última J. R. le indicará. Todo irá a Ruiz Castillo — señas en el libro azul que hay dentro de mi escritorio (arriba) en mi cuarto y a la derecha. Es mi libro de señas literarias. En el cajoncito encontrará las llaves de las puertecitas bajas junto a la ventana de la sala J. R. J. en que están guardadas todas las cajas sin clasificar. Estoy muy apenada de que le quise dejar la clave o índice sobre la mesa de la sala pero estuve demasiado mal para

volver. En esas cajas creo encontrará una llena de las ediciones. Otra cosa que no tuve fuerzas físicas para dejarle. En el cuarto de trastos al entrar en el suelo a la derecha verá una caja larga que dice «Para Manuela». No haga nada hasta que la llame y le explique Carmen Teresa Mendoza para quien son también las revistas y papeles para la sala J. R. J. y una caja amarilla en que está la última parte de la 3ª. Antolojía. Esta caja tiene que unirse a lo que hay sobre la mesa de la sala. En hoja aparte que puede decir a J. R. es lo que yo le he mandado, va un bosquejo de la organización del libro que habría que cotejar con el que está sobre la mesa o que J. R. le corrigiera. Después de los 60 poemas de cada uno de los 2 primeros libros sueltos vienen 60 de «La estación total» y de aquí creo yo pasamos a «Del otro costado» (inédito de caja amarilla). Yo creo que «Romances de Coral Gables» (publicado en México es parte de ese libro). Después «Una colina meridiana» después dar todo «Animal de fondo» con «Dios deseado y deseante» (los dos forman un libro) y por último los pocos versos «De ríos que se van». «Poemas revividos» no van en ningún caso. Haga que J. R. le diga. No hay que mandar la copia que diga la revista en que salió pero sí, si se puede (como en la 2ª antolojía eu libro y la sección). Un gran abrazo

Z.

Yo me marché de Puerto Rico poco antes de que Zenobia se trasladara de nuevo al hospital de Boston. El 20 de septiembre regresó, completamente desahuciada; el doctor Meigs le daba sólo meses de vida. Internada en la clínica Mimiya de Santurce, se enteró tres días antes del anuncio oficial que a su marido le habían otorgado el Premio Nobel, y murió tres días después de que la prensa mundial diera la noticia; murió el 28 de octubre de 1956 [18]. Juan Ramón la siguió el 29 de mayo de 1958.

El Premio Nobel fue la corona de gloria de Zenobia, que murió tranquila de espíritu, sabiendo que estaba cumplida su labor. Yo, que alcancé a verla y a hablarle antes de su muerte, vi en el brillo fugaz de sus ojos apagados de dolor y sufrimientos una señal también fugaz de felicidad y agradecimiento inmerecido, porque fue su luz, derramada sobre su marido el poeta, la que me hizo comprenderle y quererle tan profundamente.

GRACIELA PALAU DE NEMES

University of Maryland
6926 Pineway
HYATTSVILLE, Mar. 20782
U. S. A.

[18] Además de los datos de GULLÓN en *El último Juan Ramón,* Adriana Ramos Mimoso cuenta aspectos humanos de la noticia del Nobel y la reacción de Zenobia en «Juan Ramón, enigma de un premio», *La Torre,* Universidad de Puerto Rico, año X, núm. 39, julio-septiembre 1962, páginas 143-149.